

LA CALLE DEL PRADO.

Por Luis Bay Sevilla.

JUNTO a la casa que vivía don Guillermo de Zaldo, residió durante algún tiempo en los días de la República el doctor Miguel Alvarado con su esposa doña Amalia Zúñiga y sus hijos Gonzalo, Gustavo y Amalita, casando esta última con el conocido clubman don Rafael Posso, figura destacada del Habana Yacht Club y uno de los grandes animadores del deporte náutico en nuestro país.

En esta residencia existe en la actualidad una casa de modas femeninas.

Contiguo al inmueble que ocupara con su familia don Rafael María Mendive vivió durante la Guerra de los Diez Años el licenciado Eugenio Sánchez de Fuentes con su mujer doña Josefita Peláez y Cardiff, nativa de Puerto Rico y de origen inglés por la rama materna, quienes llegaron a La Habana en compañía de su único hijo Eugenio, para tomar posesión el licenciado Sánchez de Fuentes de la presidencia de la Audiencia Territorial de La Habana, el más elevado cargo de la judicatura cubana, pues en aquellos lejanos días el Tribunal Supremo de Justicia radicaba en Madrid y era común a todas las Audiencias españolas.

Al llegar el licenciado Sánchez de Fuentes a esta capital, ocupó durante algunos años la casa Calzada del Cerro número 605, trasladándose después para esta casa de la calle del Prado, naciendo en La Habana sus restantes hijos, que fueron: Alberto, uno de nuestros fisiólogos más notables y prestigiosos y el primero que aplicó en Cuba el V. C. G. (Vacuna Calmette Guérin), nombre de los dos médicos franceses que la descubrieron y aplicaron con éxito en su país; Fernando, profesor de Derecho Mercantil de la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana y abogado, crador y político de talla; y Eduardo, notable compositor, autor de varias óperas y de la famosísima «Habanera Tú», que dedicó a la señorita Renée Molina, cuya música cadenciosa y suave ha recorrido el mundo entre aplausos y celebraciones. Eduardo nació en la casa del Cerro 605 el 3 de abril de 1874, recibiendo las primeras lecciones de Música del maestro Hubert de Blanck. Más tarde recibió lecciones del notable músico cubano don Carlos Anckermann, y finalmente del que fuera su último maestro, nuestro gran compositor Ignacio Cervantes, que indudablemente fue quien más honda huella dejó en su alma de artista. Eduardo Sánchez de Fuentes fue siempre un defensor ardiente de los temas genuinamente cubanos, sin haber querido introducir en sus creaciones ritmos extranjeros, ni aun los que se califican de afrocubanos, de los que tanto abundan los actuales compositores.

Sánchez de Fuentes, que fue durante algún tiempo presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras, falleció hace dos años, desarrollándose al recibir su cadáver cristiana sepultura en la Necrópolis de Colón, una escena hondamente emotiva, pues en el instante trágico en que el sarcófago era depositado en una de las bóvedas del panteón familiar, la voz maravillosa de la soprano cubana señorita Carmelina Rosell, nos hizo escu-

char la famosa «Habanera Tú», compuesta por este gran maestro. Eugenio, el primogénito, casó dos veces. En primeras nupcias con doña Dulce María Pérez Ricart y en segundas con doña Concha Maceda.

En la casa marcada con el número 86, estableció don Aurelio Granados a más del «Club Ginnástico», una gran Sala de Armas, pues Granados era un magnífico esgrimista y un notable profesor de armas. A la Sala acudían los caballeros más distinguidos de la época, y en ella recibió sus primeras lecciones nuestro glorioso compatriota Ramón Fonst, campeón mundial de espada.

Esta Sala de Armas, pasó más tarde a ser de la propiedad del señor Manuel Alonso, otro gran profesor, tío del ex comandante del Ejército Nacional señor Pio Alonso. Allí se reunían los días de juego, los jóvenes Carlitos Maciá, Ramón Hernández, Sotico y otros más; integrantes de la novena de base ball «Almendares», vistiendo todos con los uniformes del Club y saliendo reunidos en un lujoso «break» para los terrenos donde se celebraban aquellos interesantísimos juegos, que eran presenciados por las principales familias de la época.

En la casa marcada con el número 84, residió con su mujer doña Mercedes Durrañona, el hacendado don Fermín de Goicoechea, dueño del ingenio «Pilar», hoy de la propiedad del general Rafael Montalvo. Hijos de este matrimonio son Carmen, casada con el doctor Francisco Javier de Santa Cruz, Conde de San Juan de Jaruco y de Santa Cruz de Mopox; Mercedes, casada con el doctor Juan de la Cámara; Paula, casada con el señor Estanislao del Valle y Fermín, casado con doña Ana María Sánchez.

La casa que fabricó don Francisco Marty la adquirió años después el señor José Perpiñán, que era muy amigo del general Mario G. Menocal, viviéndola en unión de su mujer doña Amparo Alba y de su hija de igual nombre, que casó con el eminente clínico doctor Pedro Castillo. Un hermano de Perpiñán formó parte de la primera expedición que vino a Cuba durante la última Guerra de Independencia, llegando a ser ayudante muy destacado del general Juan Bruno Zayas, junto al cual murió en el combate que sostuvieron con una columna española en las cercanías del ingenio «Mi Rosa», hoy nombrado «Occidente», ubicado en el municipio de Quivicán, y actualmente de los herederos del doctor Vidal Morales.

En aquellos días, administraba el ingenio «Mi Rosa», del que era propietario el doctor Gabriel Camps, el padre del doctor Benigno Souza, que prestó excelentes servicios a la causa de la revolución cubana, siendo por ello denunciado a las autoridades españolas, que lo deportaron a las Islas Chafarinas.

Frente a esta casa de Prado se desarrolló en la tarde del 7 de julio de 1913 el sangriento suceso en que cayó mortalmente herido el brigadier del Ejército Nacional, Armando de J. Riva, en aquellos momentos jefe en Comisión de la Policía de La Habana, que recibió dos balazos, uno en el pómulo derecho y otro

en el estómago. Al caer herido el general Riva, fué auxiliado por un grupo de personas que lo llevaron hasta el portal de esta casa, quienes lo trasladaron para el Hospital de Emergencias, entonces situado en Salud esquina a Cerrada del Paseo, donde le fué practicada, aquella misma tarde, una difícil laparatomía por el doctor Benigno Souza, entonces en la plenitud de su gloria por haberle salvado la vida al general Silverio Sánchez Figueras, que recibió meses antes varias heridas de bala en el vientre, sin que en esta ocasión lograra el doctor Souza tener éxito, pues el general Riva falleció dos días después.

Residían en la planta baja del edificio, al ocurrir este suceso, el doctor Juan Gómez de la Maza, secretario de la Universidad, en compañía de su mujer doña Angela Rodríguez y de su sobrina la señorita Eloisa Gómez de la Maza.

En el último tercio de este siglo, ocupaba la casa contigua a ésta, la familia del notable compositor cubano Gaspar Villate, autor de varias obras musicales estrenadas con éxito en Europa. Y antes que la familia Villate, vivió allí la de Torriente, naciendo en ella don Miguel de la Torriente.

Y llegamos a la esquina de Trocadero, donde existía una gran residencia que era en aquella época una de las más lujosas y confortables de La Habana, ocupada en aquellos días por la viuda e hijos del que la construyó, Carlos Scull y Colón, el mayor de ellos estaba casado con Da. Bárbara de Zayas Bazán y Baquero, hija del Dr. Juan Bruno Zayas, miembro preeminentemente del Partido Autonomista.

José Luis Scull, su otro hermano, casó con doña María de los Angeles Carmona, quienes tuvieron por hijos a Margarita, casada en primeras nupcias con don Tirso Mesa y en segundas con don Agustín Alvarez, fallecido hace dos años; Hortensia, casada con don José René Morales y Valcárcel, ministro que fué de Cuba en Francia y ante la Santa Sede; Rosita, soltera, y Fernando, casado con doña María Luisa Rivero y Alonso, hija de D. Nicolás Rivero y Muñiz, primer Conde del Rivero, y de doña Herminia Alonso, y hermana del inolvidable director de este diario doctor José Ignacio Rivero, posiblemente la más grande figura periodística de su generación.

Estos Scull están ligados por lazos de sangre a la más rancia nobleza española, pues son parientes de los Condes de Valencia de Don Juan.

Allá por los años mil ochocientos y tantos, existía en esta residencia un pequeño teatro donde los jóvenes de la casa, con un grupo de amigos, ofrecía representaciones de comedias y otros espectáculos muy selectos. En una de estas fiestas tomó parte el entonces jovencito Julián Ayala, que al rodar de los años fué uno de los más distinguidos miembros de la carrera consular cubana, desempeñando con gran acierto los cargos de Cónsul General de nuestro país en Londres y París. En la actualidad, un hijo suyo, el doctor Héctor de Ayala, representa a Cuba, también muy dignamente, como ministro en Francia.

Después de los Scull, ocupó esta casa el que era jefe de Vistas de la Aduana de La Habana don José Micó. Y al abandonar éste aquella residencia, instalaron allí durante corto tiempo el Club Antillano, sociedad que explotaba el juego y que para justificar su existencia como institución de recreo, ofrecía cada cuatro o cinco meses un baile.

Al terminar la Guerra de Independencia residió en esta casa el doctor Raimundo Menocal, el más destacado de los cirujanos de su época, en compañía de su mujer doña María Luisa Cueto y de sus hijos Rafael, casado con la señorita Loló Valdés Fauly; María Luisa, casada con el señor Elicio Argüelles; Pepillo, Ana María, joven de extraordinaria belleza, que casó con don Julio Rabell, fallecido cuando convalecía de una fiebre tifóidea, y Raimundo, fiscal de la Audiencia de La Habana, casado con doña María Teresa Calvo.

Después, la adquirió en propiedad y la ocupó largo tiempo el señor Felipe Romero de León, hijo segundo de los Condes de Casa Romero, al contraer segundas nupcias con la bellísima dama Josefina Herrera, hija de los Condes de Fernandina y posiblemente la más perfecta y encantadora cubana de todos los tiempos, por su belleza, por su educación y por su cultura, pues hablaba cinco idiomas, poseía una educación esmeradísima y su belleza era tanta, que dondequiera que llegaba su presencia despertaba un murmullo de admiración.

Aún recuerdan los viejos la escena que se desarrolló en la iglesia de la Merced la tarde de su matrimonio con el primogénito de los Marqueses de Dávalos. Como es muy difícil que no luzca bella una mujer que vista las galas nupciales, el pueblo de La Habana que ya la admiraba por bella y por buena, quiso verla vestida de novia, estacionándose al efecto frente a la iglesia de la Merced. A la llegada del cortejo nupcial, cuando ella descendió del lujoso coche, se produjo un prolongado murmullo de admiración y al avanzar ella del brazo de su padre, para penetrar en el templo, aquel pueblo, no sabiendo cómo expresarle su admiración, la aplaudió largamente.

Con Josefina y Felipe vivieron también en esta casa Felipe, Pedro y Nena Romero y Ferrán, hijos del primer matrimonio de Romero con la encantadora dama Sofía Ferrán.

Josefina Herrera murió relativamente joven en esta casa de Prado. Un ataque de diabetes se la llevó, a pesar de cuanto hizo la ciencia médica para salvarle la vida. A su entierro, que constituyó una cariñosa y expresiva demostración de condolencia, concurrió La Habana entera, ricos y pobres, pues como Josefina practicó largamente la caridad y socorría a infinidad de pobres, muchos ojos humildes derramaron también lágrimas cuando su cadáver era conducido al Cementerio de Colón.

En la actualidad ocupa este inmueble la Pan American Airways Company.

Mu. de 17/41

Patrimonio Documental
 Archivo del Hospital de la Habana



El Paseo del Prado tal cual aparecía a mediados del último siglo cuando lo atravesaba la calle de Animas, cuando estaba iluminada y cuando finalmente tenía su pavimento en deplorables condiciones.

empeno.—El Banco de las abnegadas y cristianizante.—Historia de las salvadas en los campos de la institución.—Pobres y hospitalizados.—Su propia sangre por ella pueblo y sociedad

OLIS

Fotos: L. VIGOS



las
mis
el De
dond
po, l
la he
—agr
el do
depar
le ha
minu
de Sa
una
calcu
pués
que s
vertie
gre d
de ci
sufici
de K
Y
ncs l
donos
«De
pañ
sirve
fresco
que
muy
nante
el su
pués
aband
porqu
bia p
de r



El Paseo del Prado tal cual aparecía a mediados del último tercio del siglo XIX, cuando lo atravesaba la calle de Animas, cuando estaba iluminado por luz de arco y cuando finalmente tenía su pavimento en deplorables condiciones por el tránsito

diario de carretones y carretas de dos ruedas, tiradas estas últimas por bueyes, produciendo el pequeño tamaño de las yantas de aquellas ruedas, la destrucción del piso, que en los días de lluvias hacían materialmente intransitables sus dos calles.